

Visita al Santísimo

Muchos cristianos tienen costumbre, a lo largo del día, de detenerse en la iglesia para hacer una visita a Jesús Sacramentado. Son momentos de intimidad con el Señor en los que se hace brevemente un acto de fe, se pide ayuda, se da gracias, etc. Él nos espera y desea que vayamos a verle. Cuando estamos delante suya Él está atentísimo a lo que queramos decirle, o ante nuestra simple mirada, porque sabemos que allí, en el tabernáculo, está el mismo Jesús de Nazaret, el Hijo de María, el que multiplicó los panes y los peces, el que con un solo gesto calmó una tempestad y devolvió la paz a unos hombres asustados. Él tiene todo lo que necesitamos. La visita al Santísimo nos ayudará a guardar la presencia de Dios durante el día en medio del trabajo y de nuestras ocupaciones.

Fórmula 1

Se recita por tres veces la estación:

✠ ¡Viva Jesús sacramentado!

✠ ¡Viva! ¡Y de todos sea amado!

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

Fórmula 2

Se recita por tres veces la estación:

✠ ¡Alabado sea el santísimo Sacramento!

✠ ¡Sea por siempre bendito y alabado!

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

Fórmula 3 (latín)

Se recita por tres veces la estación:

✠ Adoremus in æternum Sanctissimum Sacramentum

✠ Adoremus in æternum Sanctissimum Sacramentum

Paternoster, Avemaria, Gloria.

Para todas las fórmulas: puede terminarse con una comunión espiritual.

COMUNIÓN ESPIRITUAL

San Agustín distinguía entre el sacramento (el signo) y lo que nos da el sacramento (lo significado, que aquí es Cristo), dos aspectos de la misma realidad. La teología posterior explicará cómo pueden recibirse los efectos del sacramento de la Eucaristía sin recibir el sacramento mismo. Santo Tomás de Aquino explicó que se pueden recibir los efectos sin recibir el sacramento: mediante el vivo deseo de la voluntad humana de recibir el sacramento intensificando la fe y el amor hacia Cristo eucarístico, aunque con la comunión sacramental se consiga más plenamente el efecto del sacramento que con sólo el deseo (Suma de Teología, III, q. 80, a. 1).

En el siglo XX, san Pío X, que tanto hizo por fomentar la Comunión frecuente y diaria, y adelantó la edad de la primera comunión de los niños, la describe así en su propio Catecismo: “La comunión espiritual es un gran deseo de unirse sacramentalmente a Jesucristo diciendo, por ejemplo: «Señor mío Jesucristo, deseo con todo mi corazón unirme a ti ahora y por toda la eternidad», y haciendo los mismos actos que preceden o siguen a la comunión sacramental”.

Muchos autores espirituales la han recomendado (santa Teresa de Jesús, Tomás de Kempis, san Alfonso María, san Alonso Rodríguez, san Juan María Vianney, etc.) como medio para crecer en el amor a Dios y remedio para cuando el amor se enfría. No hay una fórmula concreta para practicar esta devoción, aunque debe de contener algunos elementos: un acto de fe en la presencia real, un acto de amor a Jesús sacramentado, una acción de gracias por haberse quedado con nosotros y un acto de deseo.

- Señor mío Jesucristo, deseo con todo mi corazón unirme a ti ahora y por toda la eternidad.
- Yo quisiera, Señor, recibirlos con aquella pureza, humildad y devoción con que os recibió vuestra santísima Madre; con el espíritu y fervor de los santos.
- Jesús mío creo firmemente que estás en el santísimo Sacramento del altar. Te amo sobre todas las cosas y deseo tenerte en mi alma. Ya que ahora no puedo recibirte sacramentalmente, ven espiritualmente a mi corazón. Como si ya hubieses venido, te abrazo y me uno a ti: no permitas que me aparte de ti.